EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

Registrado como artículo de 2ª clase el 16 de Febrero de 1904.

COLABORADORES:

LICS. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI, PEDRO CAMACHO Y SRES. JOSE JOAQUIN VARELA Y JULIO LIZET.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

Tomo. I—Núm. 31.

Agosto 21 de 1904.

OAXACA.

IMPRESIONES DE UNA NOCHE DE LUNA.

Para "El Ideal."

SABIAMOS departido largo rato mi amigo Manuel H. San Juan y yo, y salimos á tomar el fresco. La noche estaba tibia y serena, iluminada por los fulgores de la luna que asomaba por entre las frondas de los añosos árboles del paseo. Reanudamos nuestra plática y de cita en cita de este ó el otro autor, porque mi amigo San Juan vá para erudito y tiene la pasión de los libros viejos, no obstante que está en plena edad viril, me dijo: ¿No conoces los versos de José Joaquín Palma, á la independencia de Honduras? Francamente, nó—le dije—pero deben ser dignos de tu gusto.—Óyelos—me dijo—y tén presente que son de 1,885, es decir, después del primer fracaso de los cubanos y antes de su reciente independencia. Los pronunció Palma en la fiesta de la Independencia, en Honduras, el año que te cité; dicen así:

A HONDURAS.

Hoy se mezclan en mi mente,
Cual dos tintas en un vaso,
Crepúsculos del Ocaso
Y arreboles del Oriente.
Hoy, un algo el alma siente
Que la entristece, la encanta
Y la enerva y la levanta:
Que en ella vibran ahora
Ayes de un pueblo que llora,
Vivas de un pueblo que canta.

Gozo, porque en este día
Cesó en Honduras el llanto
Y abdicó, ciega de espanto,
Su imperio la tiranía....
Huraña, torva, sombría,
Guardó cadena y puñal,
Y envuelta en manto real,
Cruzó las olas inmensas
Para ocultarse en las densas
Tinieblas del Escorial.

Gozo, porque esta nación
Que me acoje generosa,
Celebra la fecha hermosa
De su hermosa redención.
Aún retumba aquí el cañón
De aquella festividad;
Aún llena la inmensidad,
Como un alerta infinito,

Aquel enérgico grito
De patria y de libertad.

En vaga reminiscencia
Me parece aquí estar viendo
Al sabio Valle, leyendo
El acta de Independencia.
Contemplo la resistencia
Del llanero paladín;
Miro en Maipo á San Martín
Y me parece que escucho
Los clarines de Ayacucho,
Los tambores de Junín.

Allá Bolívar. No hay valla
Para él... todo lo asuela,
Númen radiante que vuela
En su corcel de batalla.
El ronco bronce que estalla
En su acento aterrador,
Y de América el clamor
Enclava con férreo brazo,
Sobre el alto Chimborazo
La bandera tricolor.

Vedlo: ¡raudo meteoro!
Al despeñarse violento
Los incas cobran aliento
Dentro sus huacas de oro;
Cinco naciones, en coro
Le dan su amor eternal;
Tiene su gloria inmortal
Por antorchas, cien volcanes,
Por himnos, los huracanes,
Los Andes, por pedestal.

Mas.... ¿por qué entre tanta gloria
Que el pensamiento concibe,
Se vuelven al Mar Caribe
Los ojos de la memoria?
Envuelta en sombra mortuoria
Allí una esclava se advierte
Que amargas lágrimas vierte,
Mientras la befan y oprimen
Los sacerdotes del crímen
Los ministros de la muerte!

¡Oh, Cuba, Cuba hechicera,
Del mar adorada esposa!
¿Qué hiciste la estrella hermosa
Que llevaba tu bandera?
¿Qué hiciste la audacia fiera
Que alentó tu corazón?
¿Qué tu lanza y tu bridón?
¿Qué tu honor y tu hidalguía?
¡Todo pereció en un día
En las garras del león!

¿Dónde tus hijos están,
Madre, por ellos vendida?
¡Odalisca envilecida
En los brazos del Sultán!
Del polvoroso huracán
Entre el obscuro capuz,
Pareces astro sin luz,
Negro y tristísimo osario
Donde se eleva un Calvario
Y en el Calvario una cruz.

De tu pasado explendor
¿Qué, Madre augusta, te queda?
El sordo llanto que rueda
En tu noche de dolor,
El lejano resplandor
De esperanzas mortecinas,
Sobre amarillentas ruinas,
Algunas mustias guirnaldas,
Tu ceñidor de esmeraldas
Y tu corona de espinas.

***

Perdona, Honduras mi acento
Si brota al par de mi llanto:
Yo, como hondureño canto,
Más como cubano, siento.
La tristeza y el contento
La dulzura y la acritud
Extremecen mi laúd;
Y en lánguida vaguedad
Yo canto tu libertad,
Llorando mi esclavitud.

Levanta tu frente ufana,
India del Ande salvaje:
Luce al mundo tu plumaje
De vírgen americana.
Tu enseña republicana
La abanican tus pinares;

Te dan himnos los dos mares,
Los bosques sus armonías,
Y yo, las lágrimas mías
Convertidas en cantares.

———

Aplaudí al recitante con el entusiasmo que me inspiraron los versos que me parecieron poesía, con perdón sea dicho de los decadentistas y demás corruptores de nuestra habla, y le pedí una copia para "El Ideal." Y ahí la tienen Uds. á fin de que si les agrada, la conserven.

México, 10 de Agosto de 1904.

Lic. Manuel Brioso y Candiani.

Cuentos Lunaticos.

EL DIABLILLO ROEDOR.

Yo no sé cómo fué. Pero el hecho es que me pescaron sin misericordia. Yo era un alegre perillán de escuela que me pasaba la vida cazando golondrinas en las cornisas y subiéndome á caballo en las tapias para llenar mis bolsillos de guayabas y duraznos, y cuando el hortelano azuzaba su jauría de perros que se lanzaban sobre mí como flecha, no tenía más que dejarme caer para el otro lado, sobre el zacatal acolchado, y pies para que os quiero..... ni el diablo me daba alcance!

Pero esa vez se me durmió el gallo: no sé cómo fué, el caso es que me encontraba cariacontecido entre un quorum de diablos: unos diablos feroces que tenían caras imposibles, cojituertos, jorobados y peludos, con barbas de gallo y mitras de arzobispo. Caprípedes y rabilargos, ofrecían el más pavoroso aspecto con sus cuellos de ganso y sus colmillos de jabalí, y cada vez que abrían el hocico para reír de mi aspecto compungido, vibraban en el aire sus lenguas de serpiente.

Se trataba nada menos que de darme mi gala por el último pichón que había descabezado, (yo había muerto) y naturalmente el concilio de diablos reunido en gran jurado, se devanaba los sesos. Un diablo color de azufre en combustión, se caló bien sus gafas de hierro al rojo blanco y vino á verme de pies á cabeza, porque era miope.

—A éste—dijo:—hay que degollarlo como él degolló al pichón, y pegarle luego la cabeza con brea, con los ojos para atrás.

Y todos iban opinando:

—Yo opino porque se le desuelle.

—Yo porque le descoyunten los huesos.

—Yo porque le unten miel y le pongan en un avispero.

—Yo porque le saquen los ojos y le pongan en un despeñadero.

—Yo porque le saquen la lengua y coman xoconoxtles delante de él.

El palacio erizado de púas de diamante candente irradiaba con fuegos de íris y millares de mónstruos de alas membranosas y torpes, azotaban los ángulos dando estridentes chillidos.

Yo sudaba frío.

Me sentía desvanecer de horror y no podía gritar ni huir, cuando un diablo, negro como el crímen y el mal, cuyas cuencas sin ojos despedían un fulgor de fósforo, llegóse pausadamente, y poniendo sus cinco dedos en mi pescuezo, que se contrajo á su contacto de fuego, dijo solemnemente:

—¡Me pertenece!

Entónces fuí puesto sobre una plancha candente que me producía las delicias de una quemadura en todo el cuerpo; me taparon la boca con un sapo que se iba hinchando, me quitaron con un cuchillo los párpados para que no me cayera de sueño, y después de decirme que tuviera paciencia, el diablo negro llamó con su pulgar y su anular, como se llama á un can, y ví venir un diablillo microscópico, saltando como un arácnido, echando maromas como un clown, brillante como una luciérnaga y horrible como un avechucho, y á una señal acercó su hociquillo de vampiro y comenzó á roer uno de mis dedos.

El diablo de las gafas sacó un enorme reloj y dijo:

—¡Dentro de un siglo será roído todo!

Yo sentí un estremecimiento espantoso y un dolor agudísimo en el dedo; mi pecho jadeaba y un sudor frío me helaba, sin calmar el ardor de la plancha candente.

Un diablo gigantesco, armado de dos puñales, se acercó riendo como un desgraciado orgulloso y dijo.

—¡Voy á ver si tiene miedo en el corazón!

Entonces sentí un espanto insondable y desperté. El sol de la mañana cabrilleaba en la cúpula de azulejos de la parroquia y al incorporarme briosamente, pude ver una sombra pequeñita que se metía en un agujero.

¡Horror!

Era que me había quedado dormido con un pedazo de queso entre los dedos, y un ratón había roído toda la noche, hasta comerse la yema de mi índice.

Rubén M. Campos.

Serenata.

Ya brilla la aurora, fantástica, é incierta,
Velada en su manto de rico tisú:
¿Porqué niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Porqué cuando el alba las flores despierta
Durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día:
Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor:
El ave te dice: yo soy la harmonía;
Y yo suspirando, te digo, "alma mía,
Yo soy el amor."

Víctor Hugo.

¡Sólo en el mundo!

Dedicado à mi estimable amigo y compañero de Redacciòn, Sr. ARNULFO SAN-GERMAN

(Continúa. Veáse el número 25 de esta Revista.)

Iba yo á interrumpirle, pero él, preeviéndolo, hizo un ademán indicándome que esperase y agregó:

—Nó, no hable usted sin oirme; no me juzgue ni me condene sin haberme escuchado hasta el fin, y cuando sepa entre que zarzales quedaron desgarrados mi corazón y mis ilusiones..... Sé lo que usted iba á decirme, que soy un blasfemo..... ¡tal vez!..... yo también á veces lo pienso, pero oigame..... oigame antes.....

***

Nuevamente recurrió mi interlocutor á su vaso de ajenjo, prosiguiendo después de apurar con ánsia su contenido.

—No molestaré su atención en referirle pasajes de una época la más dichosa de mi vida, en que el amor y ternura de mi esposa, me hicieron creer que en esta vida existía un paraíso anticipado al que nuestros dogmas nos prometen para después de la muerte..... aquellos paseos matutinos y vespertinos en que bajo los inmensos y seculares árboles del bosque de San Pedro, reclinada indolentemente en mi brazo mi adorada esposa, veíamos, ya el sol naciente, alegre y explendoroso, al despuntar trás las elevadas y abruptas cumbres de la montaña, ya al atardecer lanzando sus últimos y melancólicos rayos que doraban debilmente los campanarios de las iglesias, hasta ocultarse en el lejano horizonte, para ceder su turno á las sombras de la noche ó á su solitaria y errante reina.

¡Cuántas veces, reclinados sobre la barandilla del puente del río, al oír deslizarse las aguas por su cenagoso cauce, tumultuosas y rápidas en su marcha constante é invariable, al pálido y misterioso fulgor de la luna nos juramos amor y fidelidad eternos!

Luego vino otra dicha para ambos desconocida, pero sublime, inefable, divina, que más vino á afirmar los lazos de nuestro amor.

¡Dios, nos dió fruto de bendición!

Un año después de nuestro matrimonio, una hermosa niña, fiel retrato de la madre, vino á derramar mayor caudal de felicidad en nuestro hogar.....¡Ud. amigo mio, no puede aún comprender lo que es el amor de los hijos, de esos séres tiernos y débiles que nos deben la vida y de los que somos único y solidario apoyo en su infancia; no puede Ud. imaginarse el placer mezclado de orgullo, que se experimenta al verles dar los primeros pasos, al escuchar que sus tiernos labios pugnan por balbutir las primeras y tan dulces palabras.....¡Papá! .....¡mamá!..... y luego.....más tarde, escuchar como deliciosa música su infantil é inocente charla en su graciosa media lengua, y contemplar sus encantadores y bulliciosos juegos.....

¡Ah! qué época más dichosa y por mi mal perdida para siempre! ¡Qué ocho años de dicha hundidos en la inescrutable sima de la nada! Sólo quedan de vosotros en mi alma, las cenizas de esas fugaces ilusiones!

Mi Aurora creció á nuestro lado, sana, alegre, robusta. Era su inteligencia privilegiada, y á veces á su madre y á mí nos sorprendía por la claridad y precisión de sus preguntas y respuestas, y constituía nuestro más puro y santo orgullo cuando entablaba conversación con alguna persona.

Y si para nosotros sus padres, la niña era motivo de orgullo y alegría, para sus abuelos era algo, así como objeto de adoración.....

Todo sonreía en torno nuestro.

Todo en fin, nos hacía presagiar una tranquilidad y dicha imperecederas.

En ocho años de matrimonio, solo vino á turbar la paz de nuestro hogar, alguna ligera nubecilla, que una sonrisa ó una travesura de nuestra hija, desvanecía como por encanto.

Mi esposa siempre amante, solícita y cariñosa, era en mi corazón la misma mujer adorada y querida del primer día de nuestros desposorios.

No me acuerdo que en ocho años de nuestra unión, hayamos tenido un digusto que se prolongase más de una hora.

El uno sin el otro no nos comprendíamos, así es, que mútuamente buscabamos la inmediata reconciliación.....

***

Pero llegó un día nefasto y maldito, día de eterno luto para mí corazón, en que dos miserables disfrazados con la asquerosa careta de la hipocresía, ocultando sus fines bastardos y rastreros bajo la más cordial y solícita amistad, supieron introducirse en el santuario de mi hogar para llenarlo de desolación y amargura..... ¡Ah! amigo mío! á ese sólo recuerdo, mi corazón se ennegrece y siento revolverse en él las heces del odio y del rencor más profundos.—(*Concluirá.*)

José Castro Iturbide.